

## IV

## LOS TRES ATAÚDES

En una sala del hotel de Nevers, sala adonde la pobre Aurora había mandado trasladar su otomana, que no podía dejar, habíanse reunido tres mujeres : la condesa, la señora de Chaverny y su hija Olimpia.

Á pesar de los pocos años de Olimpia, quiso su madrina que asistiera, como todos los que trataron con su hijo, á la triste ceremonia que preparaba.

Aunque era ya muy tarde — iban á dar las doce — la habitación estaba brillantemente alumbrada.

Inundábanla de luz tres grandes candelabros y dos pesadas lámparas de bronce dorado, que no dejaban la menor parte en la oscuridad.

Dicha sala era el cuarto en que murió quince años antes el condesito.

Cerrada desde entonces, nunca se había vuelto á abrir y no se sacó de ella ningún objeto, no se operó el menor cambio.

Subsistía en el mismo estado en que se hallaba en el momento de sacar el cadáver para conducirlo al cementerio.

Aurora, con los ojos irritados por el llanto, guardaba silencio ; todo cuanto la rodeaba recordábale el querubín desaparecido, y el corazón se le desgarraba de dolor.

Parecía que acababa de ocurrir la triste desgracia. Sus recuerdos, que no fueron estropeados por la vida — puesto que estuvo quince años sin vivir ; — eran tan vivos como al principio, y en la camita colocada á algunos pasos de ella, su desconsolada mirada creía distinguir aún al hijo querido, con los labios teñidos ya del violáceo color de la muerte, y que trataba de levantar sus bracitos para enlazar por última vez á su madre.

La señora de Chaverny y Olimpia estrechaban cariñosamente las manos de su amiga, sin hablarla. ¿Qué le podrían decir? Sus palabras serían impotentes para consolarla y no hubieran hecho sino aumentar su dolor.

En un cuarto contiguo, hablaba el marqués de Chaverny con el doctor Cabalus.

Este último, le explicaba, acaso por centésima vez, su « método » con gran lujo de detalles y una abundancia de gestos que le hacía parecer un fantoche movido por cuerdas invisibles.

— Excelente método — decía examinando con una lente una gota de sudor que acababa de recoger en la sien de la enferma. — No hay duda que se manifiesta

una mejoría, aunque lenta. ¡Ah! ¡nadie me negará que he ensanchado el campo de la ciencia! En efecto, ¿qué hay de más íntimo ni más personal que el producto de la transpiración, de esa secreción que el mismo ser esparce por sus poros?

Lo triste es que muchas personas confunden mi método y mi descubrimiento con la funesta medicina de los hidrópatas que, dicho sea entre nosotros, son unos charlatanes.

Como siempre, el señor de Chaverny no entendía nada de cuanto el médico hablaba; pero, por cortesía, aparentaba persuadirse de la excelencia del método y movía constantemente la cabeza en señal de aprobación.

En el preciso momento en que daban las doce, oyéronse tres golpes secos en la puerta del cuarto en que se hallaban las tres mujeres, y al mismo tiempo abriase aquella, para dar paso á Helouin y á Cocardase, á quienes acababa de conducir un antiguo criado enterado del secreto.

El primero entró sin apresurarse, con su fisonomía tranquila.

Al verlo tan sereno, podría creerse que acababa de dar un paseito por su salud.

En cuanto al segundo, parecía algo emocionado y muy desorientado al no sentir su espada chocar contra las pantorrillas.

Sacó de bajo la capa un objeto de grandes dimensiones, envuelto en un paño negro, y lo dejó sobre la mesa, lanzando un suspiro de satisfacción.

— Condesa — dijo Helouin, después de saludar á las tres señoras y dirigiéndose á Aurora, que permanecía inmóvil y muda, — aquí está lo que me ha mandado usted traer.

É indicaba con el dedo al objeto que Cocardase acababa de colocar en la mesa.

— ¡Su ataúd! — murmuró la pobre madre.

Aunque estuviese ya preparada por las conversaciones que había entendido á medias, Olimpia, que se hallaba en pie junto á la mesa, retrocedió un paso ahogando un grito.

— Espero sus órdenes, señora condesa — dijo el policía.

Olimpia y la señora de Chaverny contenían su respiración.

— Estoy lista — balbució Aurora, cerrando los ojos. Con brusco movimiento, quitó Helouin el trapo negro, dejando al descubierto una gran caja de marfil, de forma oblonga, cuyas partes estaban todas unidas por aplicaciones de oro ricamente cincelado.

No había clavos ni cerradura.

El esfuerzo realizado por Aurora para sostenerse acababa de teñir de púrpura sus mejillas. Habíase incorporado apoyada contra el codo; pero al ver la caja de marfil vaciló, murmurando con voz alterada:

— Olimpia.

Aunque desfalleciente ella misma, precipitose la joven y llegó justo á tiempo para recibir en sus brazos á su madrina.

Sin embargo, Aurora no estaba desmayada, y el sosten de su ahijada pareció darle algunas fuerzas.

— ¿Hay que abrirla? — preguntó Helouin, que estaba muy pálido.

— ¡Espere! — dijo Aurora, que continuaba con los ojos cerrados. — Hace falta que estén aquí el doctor y el señor de Chaverny que tanto le quería. Que les manden venir...

Deseo también que esté usted presente, señor Helouin así como también Cocardasse... nunca serán demasiados los testigos, para las pruebas de que se trata.

Inclinóse el policía, entanto que el veterano, algo cohibido, murmuraba :

— Con mucho gusto, señora Aurora; así sabre mejor lo que ocurrió al chiquitín.

Ahora, parecía que la condesa retrocedía y huía ante la lectura de la sentencia que había pedido y que iba á oír.

El viejo doméstico que había introducido á Helouin y al maestro de armas salió, para volver un instante después precediendo al marqués y al doctor César Cabalus.

Este sabio de pega tenía un cuerpo mal formado, pero majestuoso. Su cabeza era la de un diplomático fracasado ó la de un charlatán ascendido, que parecía lanzar un mentís formal á la teoría de ciertos físicos que afirman que no existe el vacío en la naturaleza.

Así que hubieron entrado, sentáronse él y el marqués envueltos casi inmediatamente en la solemne ansiedad que dominaba en la habitación del difunto condesito.

Peró el doctor Cabalus no tardó en sobreponerse, pues creía un deber ser insensible á lo que él llamaba « pequeñas miserias humanas ».

— ¿Qué es eso? — preguntó al ver la caja oblonga, y abriendo una pesada petaca de oro, regalo de cierto heredero agradecido.

— ¡Silencio! — ordenó Flor de Chaverny.

Y volviéndose hacia la condesa como para solicitar su asentimiento, añadió :

— Abra usted, señor Helouin.

De la bolsa de cuero, de la que ya le hemos visto sacar unas sierras y seis anillas de hierro en el campo santo, extrajo el policía unas tenazas de acero que empleó muy mañosamente para soltar los broches de oro que unían entre sí las tablillas de marfil.

Luego quitó la tapa, que había quedado ya libre.

— ¡Hola! ¡hola! ¡hola! — exclamó tres véces el doctor. — ¡Qué raro! Está embalado como para la exportación.

— ¡Silencio! — repitió la marquesa, furiosa por las extravagancias de su médico.

Y sin embargo, no era del todo intempestiva la reflexión del doctor, porque, al levantarse la tapa de marfil, dejó al descubierto una segunda caja íntimamente incrustada en la primera.

Esta nueva caja era de sándalo y sólo estaba cerrada por cuatro ganchos de plata.

Hizolos resbalar Helouin y alzó la segunda tapa.

Todas las cabezas se inclinaron.

— ¡Diantre! nunca vamos á acabar — dijo Cabalus muy intrigado ahora. — Parece un ladrillo de azufre.

— ¡Es oro! — rectificó la misma condesa. — El

conde Felipe de Lagardère, último heredero de los Nevers era lo bastante rico para esto.

Sus ojos se dirigieron á la chimenea en la que yacía un busto de mármol que representaba un niño encantador, lleno de vida, de belleza y fuerza.

— ¡No lo mire usted, madrina, no lo mire! — dijo Olimpia, rodeándola con sus brazos; — está usted pálida como una muerta.

Pero no sólo era la viuda de Lagardère quien estaba pálida.

Como sin querer, los ojos de Helouin siguieron la dirección de aquella mirada, y él se volvió espantosamente lívido al distinguir el busto de niño que aun no había visto.

Fué herido como por violenta conmoción y sus ojos empezaron á examinar atentamente el lugar en que se hallaba.

Á medida que se detenían sus miradas en cada objeto que se ofrecía á ellas, aumentaba su turbación, contraíasele los labios y su palidez se acentuaba aún más.

Afortunadamente para él, no pensaban los asistentes en mirarle.

— Dense prisa — dijo Aurora, rechazando tan rudamente á su ahijada que por poco la tira. — Ya no veo.

Vayan de prisa, mientras yo pueda aún oír.

Tenía Aurora la voz seca y dura de los calenturientos.

— ¡Hablen! ¡Hablen! digan lo que vean — añadió tendiendo sus pobres brazos enflaquecidos.

En efecto, lo que había descubierto la segunda abertura, era una caja de oro macizo.

Helouin, que hasta entonces había procedido con calma y serenidad, sentía ahora un imperceptible temblor en los dedos.

Apresurábase.

Pero nadie reparaba en su emoción, puesto que todos estaban tan emocionados como él.

La fiebre de cada testigo de tan extraña escena había llegado á tal punto, que todo desaparecía... todo excepto el triple ataúd.

Alrededor de la mesa había dolorosa impaciencia que traducían las miradas de espanto y el ruido de las respiraciones jadeando en el silencio.

El doctor Cabalus era el único que parecía tranquilo.

Había sacado del bolsillo un trozo de cristal pulido, y se lo había puesto ante los ojos para examinar atentamente la tapa de la tercera caja, en cuyo espesor se leían estas dos palabras, grabadas con buril:

¡AQUÍ ESTOY!

Ya sabemos que esta era la divisa de los duques de Nevers.

— ¡Pardiez! — exclamó con desprecio Cabalus, — ¡qué broma tan fúnebre!... Claro que de ahí no se sale... ¡Eso es evidente!

Nadie parecía haberlo oído, porque Aurora de Lagardère, cuya voz se le ahogaba en la garganta, preguntó:

— ¿Está hecho? ¿Han visto ustedes?

Respondieronle con un grito; pero un grito mudo, si vale expresarse así; pues fué algo de suprimido y de oible á la vez, lo que pasó á través de ella como una

corriente eléctrica é hizo palpar todas las partículas de su carne.

Por fin consiguió Helouin romper el cierre de la caja de oro cuya tapa acababa de saltar, atrayendo hacia sí todas las cabezas inclinadas, y haciendo abrir desmesuradamente todos los ojos.

— ¡Santo Dios! — gimió Cocardasse con un estremecimiento de horror; — ¡es él mismo; pobrecito!

Los dientes de Flor castañetearon y Olimpia murmuró:

— ¡Pobrecito! ¡cómo se parece al busto de mármol!

— Embalsamamiento sistema Sforci-Espinosa-Marietto, — pronunció doctoralmente Cabalus.

Sólo Helouin permaneció en silencio.

Su mirada iba de lo interior de la caja al busto que resplandecía en la chimenea, detrás de la enferma.

Pero no pareció experimentar la menor sorpresa.

Acaso aquella placidez fuese voluntaria; tal vez se esforzase para no perder su calma, que había reconquistado.

En el ataúd de oro había también un niño, quizás el mismo niño cuyas facciones habían sido grabadas en el mármol, porque había cierto parecido entre la escultura y la imagen acostada en la caja.

Pero el niño de ésta no tenía absolutamente las mismas proporciones que el del busto de mármol, que era, no obstante, de tamaño natural. El cuerpo del cadáver, y también su cabeza — lo que es más raro — parecían haberse encogido, como si la muerte, ó, más bien, el procedimiento empleado para la conservación de los

tejidos, le hubiera hecho perder el crecimiento de un año ó dos.

El niño del ataúd estaba achicado, esa es la palabra exacta.

No se hallaba amortajado, sino vestido, como se acostumbra hacer con los cadáveres embalsamados.

Llevaba el rico traje de los jóvenes caballeros de principios del reinado de Luis XV, y un ancho cuello de encaje caía alrededor de su garganta.

Rostro, manos y vestidos, todo estaba negruzco.

Una vez pasado el primer murmullo de la estupefacción general, los asistentes se absorbieron en su lúgubre examen.

— ¿Es él? — preguntó de pronto Aurora, con voz que se elevaba penosa como un estertor. — Díganme si es él.

La pobre madre no había oído las palabras pronunciadas ó tal vez no las había entendido.

Inclinóse hacia adelante para coger la respuesta, y toda la vida que tenía concentróse en su facultad de oír.

El marqués de Chaverny fué el primero que dijo:

— La verdad, si no fuera por la estatura, creería que es él...

— ¡Pero qué pequeño es! — interrumpió su esposa. — No puedo creer...

— Ni yo — afirmó Cocardasse, rectificando su primera impresión. — ¡Además, es demasiado negro!

— Condensación de carnes y tinte de momia — declaró el doctor; — son los efectos ordinarios del sis-

tema Sforzi-Espinosa-Marietto... — No; no ha estado mal hecha esta manipulación.

La condesa continuó :

— ¿No dices nada, Olimpia?... ¡Eras tan pequeña!... ¿Y usted, señor Helouin?... ¡Ah! mi cabeza desvaría; usted no lo conoció... Que hagan venir á la señorita Wendel, quizás pueda reconocerlo ella...

— Dispéñeme — dijo el policía, deteniendo á Cocardasse que iba á salir para cumplir la orden; — ruego que no se llame á esa testigo sino en último caso, á falta de otras pruebas.

El marqués y la marquesa cambiaron una mirada.

— ¡En ese caso, sólo quedo yo! — exclamó dolorosamente Aurora. — ¡Pues bien; quiero ver por mis propios ojos!... ¡que me levanten, que me lleven!

Pero el doctor Cabalus intervino á su vez :

— Ordeno que no se cometa semejante imprudencia; quizás sería fatal, pues la enferma tiene la voz cortada y su garganta parece anhidratada; mal síntoma. Además, voy á examinar su sudor...

Sacaba ya su lupa, mientras Helouin se disponía á correr la mesa hacia la otomana; pero las buenas intenciones de ambos fueron inútiles; puesto que Aurora, presa de verdadero delirio, saltó fuera de su asiento.

— ¡Transpiración cortada! ¡Examen impracticable! ¡Complicación: pulmonía, pleuresía, bronquitis y sus compuestos!... ¡Ya no respondí de nada! — exclamó el doctor con una desesperación que en otra circunstancia pareciera cómica.

Calló, porque Helouin le puso descaradamente la mano en la boca. Al mismo tiempo, Olimpia cubría con un abrigo á la enferma, que casi había caído entre los brazos de Flor y ya estaba tiritando.

¡Ah! ¡Quién puede suponer la fuerza inaudita que puede desarrollar la debilidad en sus crisis mórbidas!

En vano trataron de volver á Aurora á la otomana, porque ella resistió con tan desesperada energía, que Helouin, más inspirado que el doctor, y comprendiendo que se exponían á matarla si contrariaban su voluntad, tuvo que ordenar que la dejaran acercarse.

Sostenida por la marquesa y por su hija, llegó hasta la mesa, y en seguida, sus enormes ojos, hundidos por la enfermedad, se fijaron apasionadamente en el contenido de la caja de oro. Miró largo rato.

Ya no temblaba, y toda su alma aparecía en sus ojos, en donde resbalaban lentamente gruesas lágrimas. Mucho tiempo quedóse perdida en profundo éxtasis. En el cuarto reinaba el silencio más absoluto.

Se esperaba con ansiedad la primera palabra que saliera de los labios de la desdichada madre.

Por fin, con voz baja y dulce que resonó como canto lejano é indeciso, dijo :

— ¡Hijito mío querido! ¡Felipe mío! ¡Tú que eras tan blanco, tan sonrosado!

Y al hablar así estaba bella, con una belleza ajena á este mundo; y, al escucharla, sentían todos los concurrentes profunda angustia en el corazón.

— ¡Oh! ¡te vuelvo á ver! — continuó ella con mimo; — ¡te vuelvo á ver tal como eras! ¡Y tras esa máscara

negra que nada me oculta, ¡nada! encuentro otra vez hasta tu adorable sonrisa!

Sus ojos dieron la vuelta á la sala y dejó caer la cabeza contra el hombro de Olimpia, quien la besó con respetuosa ternura.

— ¡Dios mío! — prosiguió con una voz en que reaparecía el dolor. — ¿Se puede adivinar nuestra locura de madres?... Forjé un sueño más que insensato... esperé lo imposible... creía poder vencer lo irremediable... ¡Ay! mi pobre esperanza se ha desvanecido...

— ¡No se ha desvanecido; aun espera usted, y tiene razón! — dijo por lo bajo Helouin.

Pero nadie lo oyó, ni siquiera Aurora que no escuchaba sino el doloroso quejido de su corazón.

— ¡Ahí está la verdad; ahí, ante mis ojos! — continuó — ¡la verdad implacable! ¿Cómo podría dudar ahora?... ¡es él, mi hijito querido, mi tesoro, mi Felipe, todo mi corazón!...

¡Ya que está muerto, quiero morir!...

Y con ese vigor casi sobrenatural que hace nacer el arrebató, arrancóse de las manos que la retenían y rodeó con sus brazos el cuerpecito inerte y frío.

Parecía que la atacaba el contagio de la muerte, atendiendo el deseo de su desesperación, pues pronto se abrieron sus brazos, dobláronse las rodillas, y retirándose la vida, rodó por el suelo...

## V

## EFIGIE DE MASTIC

Transcurrieron diez minutos; el marqués, la marquesa, Olimpia y hasta el mismo Cocardasse rodeaban la otomana en que habían vuelto á colocar á la condesa de Lagardère.

Helouin permanecía aparte, al lado de la mesa, y continuaba examinando el ataúd abierto.

El doctor Cabalus hallábase entre la mesa y la enferma y declamaba en alta voz, cual si estuviera dando clase.

— Es un síncope simple — decía; — lo que el vulgo denomina desvanecimiento ó desmayo; un espasmo, ni más ni menos, y bien cándido tendría que ser el hombre del arte que se alarmase por tan poca cosa... Yo reduzco el síncope con la mayor facilidad, según un método que me es exclusivamente personal..

Giró sobre sus talones y encontróse frente á frente con Helouin que parecía escucharle.

El hecho de tener un oyente sorprendió y halagó á Cabalus, para quien era rara tan buena fortuna; por esta razón, faltóle tiempo para decir :

— Caballero, permítame declararle que no le encuentro una cabeza como la de todo el mundo.

— ¡ Ah ! — exclamó el policía.

— ¡ Es un hecho ! y puedo asegurárselo, pues he profundizado bastante los estudios frenomáticos y fisiogonales — son palabras muy expresivas con las que yo he enriquecido nuestra lengua.

Supongo que no negará usted que mis trabajos han agrandado el horizonte de la ciencia, que he creado mejoras y abierto vías.

Sin hablar de mi método especial de tratamiento, que será probablemente mi mejor título de gloria ante las generaciones futuras, á mi iniciativa personal se debe el sistema de embalsamamiento que parecía interesarle á usted hace un rato y que mis colegas italianos Sforzi, Espinoza y Marietto llaman conserva humana...

— Mírame, Aurora, y háblame — dijo en este momento la marquesa. — ¡ Qué susto nos has dado !

— ¡ Viva Dios ! — exclamó á su vez la poderosa voz de Cocardasse. — ¿ Vuelve en sí la señora Aurora ?

— ¡ Atiza ! — exclamó el doctor, dirigiéndose también á Helouin — ¡ ese viejo espadachín la creía muerta !... ¡ Mi prescripción, señor, mi prescripción ! ¡ Mire usted si su resultado es excelente, inmediato y casi milagroso !

En cuanto á mi sistema personal de embalsamamiento, fué tomado por el extranjero, porque la ingrata

Francia desdeñaba el descubrimiento de uno de sus hijos.

Por esa ligera falsificación que tiene usted ante sus ojos, podrá ver que es una estatuaria muy superior á las momias del antiguo Egipto...

Como es una especie de mastic, yo llamé á mi procedimiento *mastificación*, pero los malos bromistas la denominaron *mistificación*, y esto es lo que...

— La condesa de Lagardère desea que se haga inmediatamente lo necesario — dijo la señora de Chaverny interrumpiendo tranquilamente al sabio doctor.

Cabalus interrogó con los ojos, pues no comprendía. La señora condesa desearía que practicase usted la autopsia — explicó Helouin.

— ¡ La autopsia ! — repitió el doctor.

Y completó su pensamiento encogiéndose llanamente de hombros.

— ¡ Si mandan las locas — balbuceó, — mísero de mí, vamos á hacer buena tarea !

Pero, con tono decidido, añadió más alto :

— Estoy á las órdenes de la señora condesa; de todos modos, si han requerido mi ministerio para descubrir la enfermedad de que murió el sujeto, ó para encontrar, al cabo de quince años, huellas de veneno en tejidos conservados por medio de preparaciones arsenicales...

Helouin interrumpió :

— No es para eso.

Y la misma Aurora repitió :

— No, no es para eso.



— ¡Vaya! ¡cumpla usted con su deber! — añadió gravemente Cocardasse, que en todas partes se hallaba como en su casa.

Ante el mundo, César Cabalus, que necesitaba ganarse la vida, profesaba ideas políticas sabiamente inciertas, imitando en eso á todos los bienhechores de la humanidad; pero en el fondo de sí mismo, y cuando no veía en ello ningún peligro, inclinábase á esa independencia general que, medio siglo después, bajo el nombre de « Revolución Francesa » tenía que derrumbar las clases y cambiar la sociedad.

— ¡Oír es obedecer! — murmuró sarcásticamente como los cortesanos orientales.

Y, semejante á esos oficiales heroicos, tan numerosos en nuestra historia, que caen, víctimas de la disciplina, ejecutando una orden inepta, empezó á abrir lentamente su estuche y lo instaló abierto sobre la mesa, poniendo así al descubierto toda una serie de instrumentos á cual más espantosos; sierras, escalpelos, sondas, tijeras, martillos, bisturíes... hallábanse allí, enviando en haces de chispas la luz que acababan de recibir.

— Supongo — dijo á media voz, y pasando por la manga de su jubón negro el alambre de un escalpelo gigantesco que acababa de empañar con el aliento; — supongo que no me estará prohibido protestar.

Yo hablo tan francamente á la corte como al pueblo, y la ciencia me debe numerosos descubrimientos.

El acto que se me exige ahora es, primeramente, inútil, y después, mezquino, por no decir bárbaro...

Para la buena comprensión de las personas que me conceden el honor de escucharme, voy á invertir el orden de las proposiciones y demostrar primero la segunda parte de lo dicho.

Todos ustedes saben que en las familias se acostumbra á guardar con cuidado, y hasta diré, con piedad, ciertas reliquias...

Interrumpióse y miró hacia la condesa que acababa de exhalar un gemido sordo, porque perdía la paciencia y se sentía desfallecer de nuevo.

— ¡Ah! ¡harto sabía yo que mi razonamiento daba en la lлага! — exclamó el verboso doctor, tomando aquel quejido por una aprobación. — Sostengo, pues, que esto es una reliquia y añado que esta reliquia es un objeto de arte.

He ahí, lo que concierne á las conveniencias; ahora bien, desde el punto de vista práctico ó utilitario, mi argumento es más estrecho, pues es más sólido.

Si nos referimos al sentido exacto y literal de la palabra que caracteriza el sistema de los italianos Sforzi, Espinoza y Marietto, es decir, la mastificación, mi descubrimiento, se comprenderá que por medio de procedimientos químicos transformemos la carne en una pasta cuya propiedad es endurecerse al secarse, como todas las pastas.

Naturalmente, el tiempo hace perder al sujeto parte de su peso y de su volumen plástico.

Así, al cabo de un lustro, apenas queda la forma admirablemente consistente, reproduciendo con fidelidad la forma del ser muerto y armado dentro por la

osamenta, que es indestructible... Me complace el creer que está usted ya convencida, condesa.

Aproximóse Helouin á la otomana, y encaróse luego con el doctor :

— No — le dijo, interrumpiéndolo secamente, — la señora de Lagardère le ruega que proceda sin más demora.

La mirada del practicante expresó inmenso desprecio.

— ¡ Oír es obedecer ! — repitió con soberana dignidad. — Para dar gusto á la señora condesa, vamos á practicar la autopsia á esta estatua.

Y gallardamente blandió su arma de prosector.

Con tan enorme escalpelo, que cortaba más que una navaja de afeitar, empezó por hendir de abajo arriba los empolvados vestidos que cubrían el cuerpo del niño.

— Lo más claro de esta operación, que un profundo sentimiento de respeto me impide calificar — dijo, mientras trabajaba — lo más claro, es que se va á mellar mi instrumento que todavía está sin estrenar.

Los concurrentes aglomerábanse en torno suyo formando círculo, y dejando una ancha abertura por donde pudiera pasar la mirada de Aurora, junto á la cual sólo quedaba Olimpia.

Cuando el abdomen y el pecho del niño quedaron al descubierto, oscuros y tan bien modelados como un bronce florentino, volvióse César Cabalus hacia Aurora para preguntar una vez más :

— ¿ Está usted decidida ?

Inclinóse la cabeza de la enferma.

— *Alea jacta est!*

Con ademán casi furioso, introdujo el doctor su instrumento en el pecho del embalsamado, á la altura del esternón.

Habíase restablecido el silencio y sólo se oían las respiraciones silbantes y reprimidas.

No obstante ser nuevo y estar muy bien afilado, costó mucho trabajo al escalpelo del médico penetrar en la materia que, como ya lo había dicho éste, debía de haber adquirido, con los años, la dureza y la consistencia de las cosas petrificadas.

Ardua era la empresa.

Sin falsa vergüenza, al ver que no bastaba una sola mano, apoyó Cabalus las dos en el mango del instrumento, y, sudando la gota gorda, avanzaba con precaución, arañando penosamente, por una incisión longitudinal, de la altura del pecho á la cavidad del abdomen.

Ya no hablaba en voz alta y se arrepentía de haber aceptado el practicar operación tan ridícula.

— ¡ Ya lo había yo predicho, he aquí el resultado más claro ! — exclamó de pronto, sacando su herramienta con rabia.

El escalpelo, notablemente mellado ya por su laboriosa travesía, acababa de tropezar con un cuerpo duro, contra el cual se rompió.

Helouin parecía examinar atentamente la hoja ; luego, acercándose á la caja, pasó el dedo por la sección quirúrgica, á cuyo largo se veía un polvillo impalpable.

Cabalus estaba de muy mal humor ; pero siguió aquel movimiento con ironía.

— ¿Es dulce ó salado? — preguntó sarcásticamente al policía que acababa de llevarse el dedo á la boca.

— Salado, — contestó Helouin.

Inclinóse, como hombre que quiere examinar de muy cerca un objeto, y palpó con la mano derecha el rostro del cadáver.

— Señora de Chaverny — dijo, de pronto, enderezándose — haga el favor de venir á ver.

— ¡Ve á ver, Flor! — exclamó la enferma que, desde el principio de la operación miraba con la boca abierta, los ojos fijos y la cabeza inclinada.

Sólo tenía que dar un pasó la marquesa, para pasar entre el doctor y Helouin.

— Mire usted esto — díjole este último designando el lado izquierdo de la cabeza.

Flor se inclinó á su vez, como antes Helouin ; pero el doctor, intrigado, ejecutó dicho movimiento antes que ella y fué quien primero dijo :

— Al niño le falta la oreja izquierda.

— Ha sido cortada — murmuró la marquesa.

— Rota — rectificó Helouin ; — fijese, los pedazos están en el fondo de la caja.

La señora de Chaverny continuaba examinando de cerca la ruptura de la oreja.

— ¡Nadie diría que esto es carne! — murmuró al fin, en voz baja.

— ¿Y qué? — replicó en el mismo tono Cabalus indignado. — ¿Tiene acaso la gelatina de naranja la apa-

riencia de esa fruta? ¡Pues bien! Lo mismo ocurre aquí; puesto que, como digo, esto es una conserva humana.

— Si fuera lo que usted dice — intervino el policía, — el polvo de ese cuerpo tendría sabor azucarado, ya que emplea usted el arsénico para la conservación de los tejidos... Y el caso es que está salado...

— ¡Oh! ¡me están ustedes matando! — exclamó Aurora que no oía nada de esa discusión. — ¡Díganme lo que ocurre!

Iba á responder Cesar Cabalus ; pero Helouin le cortó con desfachatez la palabra, declarando :

— Señora condesa, no he querido fiarme de mi solo testimonio, aunque tengo fuertes y poderosas razones (apoyó bien estas palabras) de estar en lo cierto...

Ha sido usted víctima de una comedia tan espantosa como audaz, y la señora marquesa le dirá como yo, el verdadero nombre que se debería dar á este supuesto cadáver...

— ¿Eh? — exclamó Cabalus estupefacto. — ¿Qué entiende usted por supuesto cadáver?

Mas la condesa se había incorporado contra el codo, y decía con tono suplicante :

— ¡Habla pronto, Flor!

Bajo las ansiosas miradas que la cubrían, la marquesa hallábase algo cohibida, no obstante, contestó, disimulando mal una sonrisa :

— La verdad, querida Aurora, me parece... sí, creo poder asegurarlo... me parece que este no es Felipe, sino su efigie...

— ¡Efigie! — repitieron á una Chaverny y el doctor, el primero con incredulidad, y el otro, dejando errar por sus labios una sonrisa de amargo desdén.

La condesa y su ahijada callaban.

En cuanto á Cocardasse, lanzó una de sus acostumbradas exclamaciones, por lo muy escandalizado que estaba.

— ¡Ignorancia! ¡ignorancia! — exclamó de repente Cabalus — ¡monstruo tenebroso que las lumbreras de la ciencia tardarán siglos en atravesar con sus fuegos!...

Quiero creer que la señora marquesa está convencida de la verdad de lo que acaba de decir algo á la ligera, y no puedo reprocharle el haberse dejado engañar por las apariencias. Pero en este caso, más que en cualquier otro, engañan las apariencias, y no se puede confundir una efigie, con tejidos que fueron animados.

— ¡Nunca estuvo animado este muñeco! — interrumpió severamente Helouin.

Entonces Cabalus perdió la poca calma que le quedaba, y desde la cumbre del orgullo médico ofendido, exclamó encolerizado:

— Para desmentirme, hace falta que tenga usted algo más que presunciones.

— Estoy seguro.

— ¡Bah! ¿Ha echo usted por ventura estudios?

— Tal vez.

— Eso es muy vago. Vamos, ¿es usted médico?

— No.

Los brazos de Cabalus se cayeron ante tal respuesta y dijo con estupor.

— Me desconcierta su fenomenal aplomo, caballero. ¿No tiene usted título alguno, y se atreve á desmentirme!

Por toda respuesta, Helouin, con admirable flemma, sumergió sus dos manos en la caja de oro y sacó de ella al niño.

La marquesa, no obstante lo que acababa de decir, retrocedió hasta su marido, al ver aquel acto que parecía una profanación.

Olimpia perdió sus frescos colores y Cocardasse, ahogando un juramento, quiso abalanzarse.

El honrado soldado se agitaba. Su opinión era muy incierta y él no sabía á quien escuchar.

César Cabalus fué el que más valor demostró.

Con un ademán quiso detener el sacrilegio y dijo con acento velado por la indignación:

— Caballero, le ordeno que deje reposar en paz esos restos mortales, y si su ignorancia necesita pruebas, examine mejor mi escalpelo, que se ha roto al contacto del diafragma osificado...

— ¡Al contacto del metal! — rectificó Helouin con calma.

Esa terquedad estúpida electrizó al doctor, cuya cólera no era nada fingida; puesto que él mismo procedía de buena fe.

— ¡Metal! — exclamó alzando los brazos hacia el techo; — ¿metal en un embalsamamiento?

Eso es la aberración extremada hasta el grado superlativo, caballero...

Hace más de cuarenta años que ejerzo, y en mi vida

he oído hablar de semejante cosa... ¡ en mi vida, lo oye usted!

Aseguro, pues, que el cuerpo aquí presente se halla en estado plástico, en el que debe estar cinco años ó más después de la manipulación, dado el empleo del procedimiento Sforzi-Espinoza-Marietto. Y nadie mejor que yo, su preconizador, puede saberlo.

Digo, y repito para usted que parece no haberme entendido, que nosotros petrificamos la misma carne...

Hace cierto número de años... Mas esos son secretos de familia que no debo descubrir, y declaro simplemente esto: lo que tenemos aquí es el cadáver de un niño, encogido y endurecido según mi método.

Vamos, señora condesa, le ruego que no autorice con su silencio la continuación de esta comedia vergonzosa, y le suplico ordene que coloquen de nuevo á su hijo en el ataúd.

— ¿ Á quién creer? — murmuró la pobre Aurora, de quien volvía á apoderarse la locura, por lo mucho que duraba la angustia de su perplejidad.

— Señora Aurora — dijo Cocardasse á cuya ruda naturaleza impresionaba la pobre madre; — yo creía no haber reconocido al chiquitín; pero ya no sé...

La garganta de Aurora estertoraba, y Flor de Chaverny, muy pálida, temblaba al pensar que muy bien pudo haberse engañado por las apariencias.

En cuanto á Chaverny, paseábase por el cuarto, muy perplejo, sin osar pronunciarse.

Á pesar de la seria entonación del doctor Cabalus, Helouin no había soltado su carga, y ahora, acercábase

despacio hacia la otomana donde, torturada por la cruel vacilación, parecía agonizar Aurora.

Aquello era trágico y terrible, porque la emoción llegaba á su colmo, la emoción real, no la ficticia que se siente en el teatro.

Y no pronunciamos al azar esta última palabra.

En efecto, aquí, las cuerdas sensibles de cada uno estaban tirantes, próximas á romperse, y aunque nadie preveía el triste desenlace de tan triste escena, todos — menos el doctor — tenían la vaga esperanza de que el policía demostraría sus frases con algún efecto teatral.

— Señora condesa — dijo en voz muy baja este último; — creo haber hecho cuanto he podido; sin su consentimiento, no puedo ir más adelante.

Había pronunciado esas palabras en forma interrogativa que daba bien á entender que guardaba varias armas en su favor.

Aurora tendió los brazos para recibir la efigie ó el cadáver que le presentaba Helouin, y lo mismo que antes, al través de aquella imagen, creía volver á ver la sonriente dicha de lejanos años.

— ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! — murmuró suplicante, contemplándola con detención. — ¿ Quién me dirá si este es mi hijo y si ha muerto mi última esperanza?

— Si usted quiere, yo — dijo pausadamente Helouin.

— ¿ Usted?

Detúvose el marqués para dirigir esa pregunta, y su mirada escrutaba la tranquila faz del policía.

Y el doctor dijo con sorna :

— ¡Que aduzca una prueba, y César Cabalus tendrá mucho gusto en pasar por un borrico!

Los ojos del policía miraron con ternura á la pobre madre.

— Señora — murmuró tan bajito que no le pudo oír más que Aurora, — la prueba que se me pide, puedo proporcionarla, porque todo lo que hasta ahora he dicho, lo he hecho con absoluta certeza.

Me han tratado ya de profanador... pero la única profanación que existe aquí, es la que reposa ahora entre sus brazos; puesto que esa materia inerte y que nunca ha vivido engaña el más santo de los cariños y roba sus lágrimas de madre.

— ¿Desea usted la verdad?

¿Quiere verla surgir más brillante que las luces que nos alumbran?...

— ¿Qué hay que hacer? ¡Dios mío!

— Basta decir: Ordeno que aporte usted la prueba.

Intenso escalofrío recorrió todo el cuerpo de la enferma, revelando el inaudito martirio que padecía.

El nombre de Felipe acudió á sus labios, y con voz firme, repitió ella :

— ¡Ordeno que aporte usted la prueba!

Con tan rápido como inesperado movimiento, apoderóse Helouin del niño que todavía estrechaba Aurora contra su corazón y lo levantó por encima de su cabeza.

El marqués y la marquesa arrojáronse como para proteger al niño contra una violencia terrible.

De todos los pechos partió el mismo grito de espanto, y Olimpia cayó casi desmayada, en tanto que Cocardasse gritaba, buscando instintivamente su espada ausente :

— ¡Ira de Dios! ¡no haga eso, ó es usted hombre muerto!

Pero las amenazas y súplicas llegaban demasiado tarde.

Arrojado por manos vigorosas contra el mármol de la chimenea, el pequeño habitante del ataúd de oro se había hecho añicos, y ahora, esparcidos por el suelo, yacían restos informes, de los que lentamente subía una nube de polvo.

Era tal la estupefacción, que no se pronunció una sola palabra.

Del falso cadáver, sólo quedaban fragmentos de materias pétreas, algunos de los cuales continuaban aún unidos entre sí por alambres de latón que le habían servido de armadura.

Todas las miradas volviéronse hacia la otomana donde momentos antes agonizaba la condesa.

Ésta se hallaba ahora en pie, muy tiesa, radiante y bella como la alegría de las madres; su mirada entonaba un canto de triunfo, y libre su larga cabellera, esparcíase por los hombros...

Como puede suponerse, el primero que recobró el habla fué el sabio doctor Cabalus.

Estaba algo azorado por su plancha, aunque no mucho.

— El círculo de la ciencia es estrecho — dijo rebus-

cando torpemente las palabras. — Los progresos que se me deben me ponen al abrigo de la sospecha... y una excepción confirma la regla...

Yo había hecho presentir que sospechaba alguna grosera superchería... pueden engañarme.

¡Es triste! el fabricante de este maniquí ha estudiado seguramente mi método...

— Caballero — dijo el marqués dirigiéndose á Helouin, — va usted á explicarnos...

— ¿Cómo supe el secreto de este engaño? — interrumpió el policía. — Sólo me quedo aquí para eso, y espero las instrucciones de la señora condesa para decirlo todo...

— Yo me voy, porque otros enfermos me llaman — dijo descaradamente Cabalus; — pero ruego á ustedes recuerden, que siempre me opuse á la autopsia.

— Usted fijará el valor de su recompensa — le dijo Aurora.

— ¡Y pensar que un hombre de mi valor no tiene aún el cordón..!

— Yo le prometo un puesto importante... Mi primo Chaverny hablará de ello á Su Majestad.

El buen hombre recogió sus instrumentos, hizo un saludo y se marchó.

Aurora cogió y estrechó en silencio la mano de Helouin, que se había acercado á ella.

Luego, simultáneamente, abrazó á Flor y á Olimpia.

De repente, abandonó sus caricias para decir con voz vibrante, señalando el ataúd vacío :

— ¡El conde Felipe de Lagardère vive; puesto que no está ahí!

— Eso es lo que me queda por averiguar — murmuró el policía; — porque usted ha sido vergonzosamente engañada.

Los tres Chavernys se miraban sin comprender, y ancha arruga cruzaba la frente del viejo maestro de esgrima, que realizaba heroicos esfuerzos para adivinar la palabra de tan complicado enigma.

— Hoy es un joven... ¡un hombre! — continuó Aurora. — ¡Ah! ¡por verlo, por abrazarlo, daría yo toda mi fortuna! ¡daría mi vida porque él tuviera la sangre de su padre y pudiese vengarlo!

Habiase levantado, y su boca pronunció estas palabras con tal fuerza, que sólo el gran amor que tenía al recuerdo del héroe que murió poco después de haberle dado su nombre podía habérsela comunicado.

— Tal vez tenga usted que jugarse la vida y derrochar su fortuna para conseguirlo — repitió en tono enigmático el policía.

— ¿Sabe usted acaso cosas que yo ignoro?

— No todas; pero sí muchas... Es mi oficio...

Por otra parte, no cabe duda de que los que tuvieron interés en hacer desaparecer á su hijo, hace quince años, le perseguirán todavía con su odio si saben que está vivo...

— Señor Helouin — interrumpió el marqués, — ¿no sería ya hora de darnos á conocer cómo ha adivinado usted esa superchería tan bien desenmascarada por usted, y qué instinto le ha impulsado á probar el polvo

de la sección quirúrgica y el de la oreja rota que nadie había visto?

El rostro del policía entristeci6se de repente, y con voz poco firme respondi6 :

— No he adivinado nada, se6or marqués ; no he hecho m6s que acordarme...

Si ha llegado el momento de decirlo todo, estoy dispuesto...

En cuanto 6 la oreja del maniquí, no es extraño que nadie haya notado su ausencia antes que yo ; puesto que 6ste se hallaba intacto en el momento de abrir el ataúd, y que yo mismo, al palpar la cabeza, con movimiento premeditado, apoyé fuertemente contra aquel ap6ndice, para tener una prueba m6s antes de revelarlo todo...

— ¿Luego lo sabía usted antes de entrar aquí?

— Tenía muchas presunciones que se trocaron en certidumbre en cuanto se abri6 la caja de oro y ense6o su contenido.

Á fin de explicar 6 ustedes c6mo estaba desde hace mucho tiempo siguiendo la pista de este asunto, que no podía descubrir, por ignorar el nombre de la familia engañada, tengo que remontarme un poco lejos.

¡ Escuchen ustedes !

## VI

## LA DAMA ENMASCARADA

En 1726, es decir, en la 6poca de la muerte del conde Felipe, tenía tienda en la calle de la Ferronnerie, uno de esos empíricos que viven 6 expensas de los simples y los cr6dulos, 6 los cuales expendía muchas pomadas y ungüentos, infalibles, seg6n 6l, contra todos los males conocidos y por conocer que atacaban 6 nuestra pobre humanidad.

Á esa rama de comercio corriente, a6adía otra aunque m6s privada.

Ésta consistía en la venta de ciertos polvos cuya eficacia era mucho menos problemática.

Había polvos de 6stos destinados 6 dar fuerza y vigor de Hércules, 6 excitar extraordinariamente las facultades del cerebro, 6 provocar largos y crueles insomnios ; otros, por el contrario, 6 debilitar la energía vital hasta una debilidad extremada, 6 entorpecer la imagi-